

peligrosa familiaridad que establecía con personas de cualquier sexo y edad que hallaba en el bosque. Frecuentemente, en los brumosos días de Octubre, al verla caminar con cautela y deslizarse astutamente, tras varios rodeos, en la espesura, le asaltaban ideas extrañas; vagas sospechas, semejantes á las de un marido celoso, le impulsaban á seguir á Dionisia y á vigilar á distancia sus idas y venidas.

Una tarde, notando que la jovencita, después de vagar distraídamente alrededor de Fuentemala, acababa de emprender el camino de una corta en plena explotación, experimentó nuevamente recelos y sospechas y, deseando disipar sus dudas, salió de prisa á fin de encontrar las huellas de la fugitiva. A unos cien pasos, la divisó trepando como un gato las ásperas pendientes de la trinchera y atravesando de un brinco la zanja abierta en la linde del bosque. Acaso, con ese olfato especial de los salvajes y de los animales, adivinó que la espían y quiso despistar al perseguidor; lo cierto es que zigzagueó lateralmente y que, al cabo de algunos minutos, dejó desorientado al ex-guarda-general. Sin embargo, por espíritu de contradicción ó por malicia, á fin de burlar á su curiosísimo padre adoptivo, de vez en cuando, la

aguda voz de soprano, desde el fondo de una barranca ó en la reconditez de una espesura, lanzaba un sonoro *¡Ahí va!* como un cartel de desafío ó como un aviso dirigido por Montaraz á algún personaje misterioso.

Después de caminar media hora casi á ciegas, guiado únicamente por los gritos caprichosos de Dionisia, que unas veces imitaba el graznido de la abubilla y otras entonaba el monótono y melancólico canto del cuco, desembocó, al fin, Francisco, en la « corta », que ocupaba las dos laderas de una garganta en cuyo fondo espejeaba un arroyo azuleante. A poca distancia se alzaba la cabaña de un zuequero. Los trabajadores acababan de comer las sopas, y paseaban alrededor de su taller de carpintería; uno de ellos, tumbado sobre unas brazadas de juncos, dormía la siesta. Mientras Francisco inspeccionaba de un vistazo el terreno explotado, Dionisia, con el cabello suelto, salía de entre la maleza. O no se había fijado en su padre adoptivo ó hacía poquísimo caso de su presencia, porque prosiguió avanzando en dirección á la cabaña.

Cuando estuvo cerca del zuequero que se estaba, lo contempló un momento; luego, registrándose el bolsillo, sacó un puñado de avellanas y lo lanzó

sobre el durmiente que despertó sobresaltado. Se desperezó, y, mientras sus compañeros de tra bajo reían ruidosamente, se puso de pie. Era un guapo mozo como de veinte años, recio, bien proporcionado, de semblante risueño y negra barba naciente. Entre el mozo y la jovencita se trabó animada conversación.

Discutían como dos camaradas, gesticulando mucho y lanzando carcajadas sonoras. Aquella intimidad molestó á Francisco; salió del bosque y, dejándose ver, gritó malhumorado:

— ¡Dionisia!

La muchacha volvió la cabeza á medias; luego continuó charlando sin darse por entendida de la llamada.

— ¡Apuesto que sí! — exclamó inclinándose hacia el zuequero.

— ¡Apuesto que no! — contestó el mozo. — ¿Qué apuesta usted?...

— Un cuchillo muy bonito que tengo aquí. ¿Y usted?...

— Un par de zuecos finos de haya.

El mozo tendió la callosa mano, y dijo riendo:

— ¡Choque usted, señorita!

La joven alargó la mano; el muchachote la

estrechó, la retuvo y la sacudió vigorosamente exclamando:

— ¡Lo dicho, dicho, y el trato es trato!

Francisco avanzaba presuroso hacia el grupo.

— ¡Dionisia! — ordenó con acento que casi no admitía réplica. — Ven, tengo que hablarte.

La muchacha se encogió de hombros con el ademán de un chico mal educado, hizo una señal de despedida al zuequero y, á cierta distancia, echó á andar tras de Francisco, que se entró en el bosque con aire disgustado.

Tomaron una senda pedregosa alfombrada de hojas secas, y caminaron algún tiempo sin despegar los labios. De repente, Francisco Pommeret se volvió hacia la joven, que iba tras él comiendo avellanas, y le dijo con tono displicente:

— Mi querida niña, tienes con esa gente familiaridades impropias de tu edad y de tu clase.

Montaraz lo miró de reojo, sonrió casi con insolencia, y respondió:

— ¿A ti qué te va ni qué te viene en el asunto?

— Soy el marido de tu madre adoptiva; me considero responsable de tus actos y tengo el derecho de poner coto á familiaridades inconvenientes.

— Cuando gasto familiaridades contigo, te mo-

lesto ; si las empleo con otros, te disgusto... ¡No hay modo de tenerte contento! Y, sin embargo, no quiero vivir como un erizo, y necesito afectos.

— Tu madre te quiere ; me parece que es bastante.

— Mi madre no quiere á nadie más que á ti, y no vé más que por tus ojos... Eso será bastante para ti... ¡para mí, no!

Y, hablando así, movía la cabeza, se cruzaba de brazos, y pisoteaba con violencia las crujientes hojas secas.

— En fin — añadió Francisco — ya no eres una chiquilla, tienes diez y siete años cumplidos y no está bien á tu edad andar cambiando apretones de manos con un mozo de veinte años, aun cuando sea zuequero.

— ¡Calla! — exclamó la joven, soltando la carejada y mirándolo de soslayo. — ¿Ya no me tomas por una colegiala?... ¡Menos mal!... ¿Acaso crees que quiero á Zacarías por novio?

— No creo nada ; pero mientras estés á mi cargo no permito que corretées sola por el campo, ni que te trates con esa gente.

— ¡Dímelo otra vez y me vuelvo con ellos! — gritó la joven, con acento provocativo, retrocediendo algunos pasos.

— ¡Te lo prohibo! — gruñó Pommeret, apretando los dientes, cogiéndola violentamente por un brazo y tratando de hacerle andar.

— ¡Ah, sí! ¿Esas tenemos? — rugió Montaraz, resistiéndose rabiosamente — ¡Veremos quién se sale con la suya!

La muchacha se defendía con bravura y Francisco, para contenerla, tuvo que emplear los dos brazos. Lucharon silenciosamente un momento ; ella, tratando de desasirse con energía furiosa ; él, oprimiéndola con más y más fuerza. Sentíase Pommeret conturbado por sensaciones muy complejas, de animosidad y de irritación, mezcladas con una emoción nueva, semi-penosa, semi-agradable : era como una sacudida confusa de los nervios y de los sentidos, que lo sobreexcitaba y le hacía perder la sangre fría. Al fin, comprendiendo que le iba á tocar perder, la joven, desesperadamente, se precipitó con la cabeza baja sobre los brazos que la estrechaban y mordió fortísimamente una de las manos de su adversario.

El dolor arrancó un juramento á Pommeret, que soltó vivamente á Dionisia. Ésta había mordido hasta hacer saltar sangre. De repente, la jovencita, vió la mano sangrando, y palideció. Los ojos se le nublaron con niebla de llanto. De un

brinco cayó de nuevo sobre Francisco y besó la herida, en la cual estaban marcados sus agudos dienteillos por gotitas coralinas.

— ¡Perdón! — balbució con tono suplicante — Te he hecho daño... ¡Perdóname!

Y, al mismo tiempo, con su pañuelo, vendaba la mano que había mordido.

Pommeret tenía la boca seca, sentía como un nudo en la garganta, y apartaba de allí la vista.

— No es nada — exclamó, retirando la mano.

— Regresemos á casa.

— Díme antes que no me guardas rencor.

— Tranquilízate, no te guardo rencor.

— Bueno; pues, para que yo vea que es verdad, dáme un abrazo.

Le puso las manos sobre los hombros, y empuñándose le ofreció humildemente un beso.

Francisco luchó contra la tentación, dominó sus ímpetus carnales, retrocedió, y contestó con voz débil:

— ¡No!

Montaraz lo examinó curiosamente; sus pupilas doradas, llameantes de ironía, continuaban clavadas en las del joven, y, durante un segundo, pareció como que se fundían en una sola las miradas de ambos. Entonces, Dionisia, cual si

adivinase la turbación que había ocasionado, y cual si se diese cuenta de los escrúpulos honrados que sentía Pommeret, no insistió más, y, uno en pos de otro, regresaron silenciosamente á Rouelles.

Aquel mismo día, al caer la tarde, la señora de Pommeret volvía de dar un paseo por el pueblo. En la linde del bosque se encontró con una mujer harapienta que caminaba encorvada bajo el peso de un haz de leña; cuando la infeliz se sentó á descansar un momento en el borde de la cuneta, Adriana reconoció á Ramona Trinquesse. La pobre tenía peor aspecto que de costumbre y, al aproximarse, observó la señora de Pommeret que aquella mujer estaba en meses mayores.

— ¡Dios guarde á usted, señora! — gimió Ramona. — Me alegro de verla buena, señora de Lebretón... digo, señora de Pommeret... Dispénsame, aún no he podido acostumbrarme al cambio de apellido... ¿Sigue la señora buena y contenta, desde que dejó la Mancienne?

— Sí — contestó Adriana, abriendo el bolsillo y poniendo una moneda de plata en la curtida mano de Ramona. — Y usted ¿cómo sigue?...

— Muchas gracias, señora — respondió, bajando la cabeza. — Ya lo ve usted; agobiada por

la miseria; la mala sombra me persigue... ¿Está bueno el marido de la señora?... Calle: no debo preguntarlo... Lo acabo de ver en el bosque, paseándose con la señorita Dionisia... ¡Cuánto ha crecido la niña! ¡Ya es una mujer!... Cuando los encontré parecían dos recién casados... Y, cargando esta leña, pensé: es preciso que la señora de Pommeret tenga mucha confianza en su marido, para dejarlo irse por el campo con una jovencita.

— ¡Cállese, Ramona! — exclamó Adriana, con indignación; — usted piensa mal de todo el mundo, y no comprende la vileza de lo que dice.

— ¡Canastos! — refunfuñó Ramona, levantándose y echándose á cuestras el haz de leña. — ¿Creo que no son parientes?... El señor es casi tan joven como la señorita... y mire, señora de Lebreton, digo, señora de Pommeret, los hombres son siempre hombres y no hay que fiarse de ellos... Me sobran motivos para saberlo... ¡vaya! Quede con Dios la señora; después de todo, nadie me da vela en este entierro...

— ¡Buenas noches! — interrumpió severamente Adriana, alejándose de la pobre, que continuó su camino gimiendo y jadeando bajo el peso de la carga.

Las pérfidas insinuaciones de Ramona la ultra-

jaron tanto, que por la noche, muy indignada, se las refirió á Francisco, como muestra de la maldad de la gente de Auberive.

— ¡Parece mentira que haya en el mundo almas ruines capaces de inventar semejantes ruindades!... Pero, puedes estar tranquilo — añadió, tendiendo las manos á su esposo. — No soy celosa, y de seguro nunca mi pobre Montaraz me inspirará tan miserables sospechas.

Francisco cambió de color; la confianza de su mujer le producía turbación íntima, y, como aún tenía un fondo de honradez, decidió aprovechar este incidente para pedir que Dionisia saliese de la casa.

— Despreciables son esas murmuraciones, — observó, — pero conviene quitar todo pretexto á las calumnias y hablillas de la gente estúpida y malintencionada. Por lo mismo sería oportuno que Dionisia volviera al convento... Me inquietan su precocidad y sus hábitos de vagabundeo, que pueden traer consecuencias desagrables para todos... Hoy mismo, sin ir más lejos, la he sorprendido cambiando apretones de mano con un mozo zuequero, y me pareció que se trataban con excesiva familiaridad... A mi juicio, dos años de vigilancia severa le resultarían muy beneficiosos.

Adriana se dejó convencer y quedó decidido que llevaría á Montaraz al Sagrado Corazón, en los primeros días de Noviembre. Cuando la joven-cita se enteró de lo acordado, ni se rebeló, ni protestó, ni gritó como era de temer; se limitó á encogerse de hombros y á encerrarse en un silencio amenazante. Unicamente, al otro día, se encontró cara á cara con Francisco en la escalera, le cerró el paso, lo miró con fijeza y le dijo con acritud:

— ¡ Bueno! ¡ Te has salido con la tuya! ¿ Estarás muy satisfecho?

— ¿ Satisfecho de qué? — preguntó Pommeret, sin darse por entendido.

— Satisfecho de verte libre de mí, mandándome otra vez al Sagrado Corazón...

— Es para bien tuyo; además, yo no he intervenido en el asunto; eso es cosa de tu madre adoptiva.

— ¡ No me vengas con hipocresías!... Sé perfectamente que á ti te debo esta nueva encerrona... Pero ¡ me la pagarás!

Dijo, y, lanzándole una mirada rencorosa, corrió á encerrarse en su cuarto.

Sin embargo, la víspera del viaje, se mostró más suavizada. Pareció resignarse con más

serenidad al encierro, y estuvo alegre, alborotadora y revoltosa como de ordinario. La mañana del día en que iba á marcharse, cuando el equipaje, ya cerrado y precintado, quedó en la plataforma del coche que había de conducir, hasta Is-sur-Tille, á la colegiala con su madre, Dionisia bajó al patio y no se apartó de la señora de Pommeret que cambiaba besos y abrazos de despedida con su marido.

— ¡ Vamos! — exclamó Adriana. — Montaraz, dale un abrazo.

— ¡ Adiós! — murmuró Francisco. — Adiós, mi querida niña... ¡ que estudies mucho y que seas buena!

Y, al mismo tiempo le tendía la mano. Dionisia aparentó no verlo; pero, mientras Adriana hacía los últimos encargos á los criados, la muchacha se precipitó en los brazos de Francisco, y, de repente, el joven, estupefacto, sintió que dos labios ardorosos se juntaban apasionadamente á sus labios.

Después, Dionisia, sin mirarlo, murmuró á media voz: — ¡ Hasta la vista! — y subió de un brinco al carruaje.